

## C

**Cábala**, del hebreo *kabalah*, recibido por tradición. — Interpretación de misterio.

Hay misterios en lo pasado y en lo porvenir interpretables, hasta cierto punto, en un *relativo* presente; mas no hay presente si no excluye algo ausente, no interpretable de modo alguno en un relativo presente.

Tan infructuosos han sido los propósitos de los que han intentado traducir en idioma científico el idioma simbólico de los libros santos, como los de aquellos otros, que han intentado acogerse al misterio necesario, lindante con todo *saber*, para *saber* cosas de este mundo, que en cuanto cognoscible, debieran investigarse por medios muy distintos.

Los devotos de buena intención y los farsantes de mala índole, han sufrido el castigo que merecía lo absurdo de sus respectivos propósitos.

En el sentido de usar medios secretos para los demás y reservados á unos pocos, para llegar á fines determinados; se distingue la *cábala* del complot en que á éste se le supone determinadamente mala intención; y

de la conspiración y la conjuración, en que tiene un carácter más ideal y místico, que real y positivo.

**Cabanis**.—Médico insigne, que escribió un tratado sobre las relaciones entre lo físico y lo moral del hombre.

La dificultad en estos estudios consiste en entender bien lo que se dice hablando de relación y relacionar.

No se entienda por relacionar identificar sin distinguir, ni distinguir sin identificar, sino la *simultaneidad* y la *sucesión* de ambos procedimientos, indispensables para vivir.

Toda la *estructura humana*, y con mayor razón las funciones del organismo vegetativo del hombre, se relacionan con los organismos sensitivo é intelectual; pero no se confunden, ni como coexistentes ni como resultantes de *causas idénticas*.

**Caber**, del latín *capere*, y *caput*, cabeza.—Relacionarse con algo que se comprende más ó menos exactamente.

Hay cosas que caben ó no en ciertas cavidades, y otras que caben ó no en el pensamiento.



Aun siendo, como es, el pensamiento, inmaterial, tiene también su cavidad imaginaria, análoga á la del cráneo humano.

Cierra esta cavidad una fortaleza más resistente que el cráneo, y tan inaccesible como la del cielo; la de la eternidad, que niega todo pasado y todo futuro determinados, á medida que se van determinando en la serie de los siglos.

**Cabeza**, del sanscrito *kap*, *kape-las*, cráneo; del griego *kephalè*; del latín *caput*.

Órgano del sér vivo, que se relaciona especialmente con la vida sensitiva y racional. En el hombre ocupa la parte superior del cuerpo en su posición vertical, que es la fisiológica en el estado de actividad. Sólo los animales tienen cabeza. Los vegetales no la tienen, y hacen en ellos el oficio de cabeza los órganos de la generación.

Donde concluye la generación en los vegetales, comienza el sentimiento en el animal.

Tiene la cabeza dos polos: la cara y el occipucio. La primera, representa el sentimiento definido de diversos modos; el segundo, el sentimiento indefinido en particular y definido sólo como generalidad extensiva á todas las partes del cuerpo (el tacto). En la cara se define el sentimiento como fenómeno (gusto y olfato), como ley estática (visión) y como función (audición).

El olfato generaliza el tacto, representándole en lo relativamente indefinido (el aire). El gusto hace con los dos elementos, tacto y olfato, una sola función relacionada con el elemento acuoso: hállase por esto su órgano especial entre los del olfato y el tacto en general.

Los órganos del tacto, del olfato y del gusto, son impares; los otros dos son pares y simétricos en el hombre; porque representan la función en su diversidad y en su unidad.

La cabeza, en el hombre, representa exteriormente todo lo que es el individuo interiormente.

Figuran en ella, *positivamente*, las funciones del pensamiento, que respecto del polo positivo y superficial de la cara y cráneo, aparecen como reproducciones de forma relativamente negativa, ó sea *ideal*.

También contiene la cabeza, como cosa definida en el espacio (la masa encefálica), lo que el pensamiento define paralelamente en el tiempo. Entre ambas definiciones, una en el espacio y otra en el tiempo, hay correlación, mas no absorción de una de ellas por la otra.

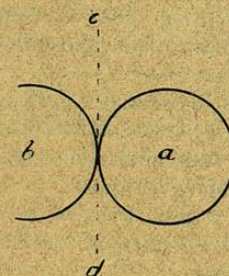
Ni el pensamiento produce por sí solo la masa encefálica, ni la masa encefálica el pensamiento. Ambos son engendrados; nacen, se conservan viviendo y mueren, al fin, en virtud de la función común, que figura: con lo definido, ya como fenómeno (masa encefálica) y ya también como ley (pensamiento), un coeficiente indefinido del fenómeno y la ley.

**Cabo**, de *cabeza*.—Extremidad de una cosa.

Cabo final es polo contrapuesto á comienzo, y entre ambos polos se fragua la función *correlativa*.

Los cabos de un organismo vegetativo son las raicillas y las sumidades. Las raicillas son el cabo *inferior*, contrapuesto á su vez al cabo *superior*. Más éste cabo superior no tiene en el vegetal la forma de cabeza, sino la de órganos relativamente espléndidos, y reservados para la función generadora é indefinidamente reproductora.

Los cabos en el pensamiento son la síntesis *a*, y el análisis *b*. Atar bien estos cabos en el punto de contacto *c*, es el problema filosófico, que se resuelve por el criterio de la ciencia viviente.



**Cacoquimia**, del griego *kakos*, malo, y *chymos*, sustancia vital.—Mala disposición de los humores del cuerpo. La asimilación orgánica es la función química del sér viviente, y por eso la palabra cacoquimia simboliza el ejercicio morboso de la función asimilatriz, localizada principalmente en los humores.

El mismo ejercicio morboso de la nutrición en los sólidos es cacotrofia.

El organismo de la conciencia padece cacoquimia, cuando le faltan generalidades rectamente formuladas, y cacotrofia cuando se consolidan con hechos particulares, constituyendo un cuerpo deforme estas generalidades imperfectas.

**Cadáver**, del latín *cadere*, caer, *caro-data-vermibus*.—Al cuerpo que ha vivido se deben, después de muerto, no pocas enseñanzas.

En general, nos enseña el límite inexcusable de la vida, por más que aun lo muerto no se conciba sin el límite inexcusable de lo vivo (el espectador).

*En particular*, cada sér viviente

puede, cuando muere para el mundo objetivo y real, seguir viviendo de algún modo, si se relaciona con otra vida, para darse en ella idealmente la actividad y la actualidad que le faltan.

El cadáver humano alimenta la vida de la ciencia anatómica, prestándose al análisis de sus formas internas y externas. A lo que no se presta es á sacar nuevamente de su seno la vida misma que se supone haberle abandonado para siempre.

Esto es lo que olvidan los anatómicos, que quieren hacer vida con formas cadavéricas.

Dicen que, si el cadáver no vive, es por culpa de las formas de estructura cadavérica.

Trabajen, trabajen, hasta ver si pueden, por medios manuales, dar con la estructura más perfecta que imaginan.

Supongamos que lo han logrado; supongamos, además, que el cadáver resucita. Milagro evidente: la ciencia haría milagros.

Para hacer el organismo habría el sabio utilizado el almacén de cosas hechas; para darle soplo de vida habría alargado el brazo en el vacío eterno. Para el cuerpo cosas definidas; para el alma lo indefinido, nada. El sabio habría creado de la nada. El sabio sería Dios.

Pero ¿quién es Dios? El que limita al sabio, el que por el sabio es desconocido. ¿Cómo el sabio ha de hacerse Dios, si Dios es el que figura siempre como límite ó negación de la sabiduría humana?

**Cadavérico**, de cadáver.—Condición asignable á todo lo separado del espíritu que le informa (coeficiente indefinido), la cual se presta á muchas consideraciones.



Todo el sistema astronómico, con los seres que le habitamos (en la parte que tenemos de ser único y definido exteriormente), es cadavérico respecto de los seres, que representan, además, el coeficiente indefinido de la *Creación universal*.

Todas las ciencias de observación y de experiencia externa son disecciones de este cadáver.

El inmenso cadáver de la *Naturaleza inorgánica*, no podría hacerse viviente, sin destacarse por gracia divina de otro cadáver supuesto debajo de él, y que continuaría envolviéndonos en su sombra, á los que, pequeñísimos y todo, le envolvemos á la par con nuestra luz, y le aportamos una muestra del espíritu indefinido que á su frente se destaca.

La tierra que nos sustenta y el cielo que nos circunda, con ser tan grandes, son un átomo en la inmensidad. Cuanto recordamos y cuanto puede encerrarse en la previsión humana es un instante fugitivo en la eternidad. Y sin embargo, hay un ser que representa esa inmensidad y esa eternidad, y es el ser viviente, bajo todas sus formas, y, en la plenitud de las formas, el viviente humano.

**Cadmo**, historiador de Mileto, entre el cual, Feresides y Anaximandro, se duda en adjudicar el honor de haber sido el primer autor griego que escribiera en prosa.

**Caedizo**, de caer. — Lo que está próximo á caer, la calidad de lo que cae.

Na la hay menos caedizo para el sujeto pensante, que él mismo, mientras piensa y representa un pensamiento.

**Caer**, del griego *Káta*. — Lo ideal se hace real *cayendo*. Lo real se hace ideal volando.

Caer en el pensamiento es *pasar de*

no hecho á hecho, descendiendo inmediatamente á pasado; en cuya forma aún le es dado ocupar un sitio provisional ó interino en el panteón de la memoria.

Desde su panteón puede lo pasado *volar* á las alturas de lo futuro, reapareciendo en ellas rejuvenecido; mas para esto ha de prestarle lo indefinido sus alas.

Caer es, en sentido moral, pasar al depósito del olvido la ley legítima, volando en lugar de ésta una costumbre degenerada y anárquica.

Volar y caer *dentro de la monarquía de la ley* es el bien posible, es lo que *debe ser*.

Lo hecho enfrente de la ley es *hecho*, es lo que cae, y lo que cae caído queda, si no lo salva de mayor caída la inmanente espontaneidad de la ley.

El cuerpo que cae continuamente se precipita con velocidad multiplicada por sí misma mientras no encuentra límite. Pero este límite es necesario en tesis general (gravitación universal).

El pensamiento gravita hacia un centro indefinido, sin caer definitivamente en él; pero acercándose al menos cuanto es posible acercarse.

Por eso se acerca á la libertad absoluta, hasta el extremo de hacerse á sí propio su genuino representante, tipo y modelo de otros representantes subalternos.

**Caida**, del griego *Káta*, de arriba á abajo. — Movimiento pasivo de un cuerpo abandonado en el espacio.

En general no se representa la caída sino contrabalanceada por el impulso excéntrico en la función circular del movimiento celeste. En particular, caen los cuerpos en un planeta hacia el centro del mismo, cuando algún accidente los ha separado de él,

por tiempo siempre definido, porque también la fuerza impulsiva ha de ser entonces continua, definida ó particular.

La velocidad de la caída es proporcional á la masa, cuando ha de vencer la resistencia de otra masa líquida ó aérea. Donde no hay resistencia que vencer (en el vacío), la masa nada vence, y los cuerpos, más ó menos pesados, caen con igual velocidad.

**Calamidad**, voz de origen latino. — Mal venido de fuera, con caracteres excepcionales de extensión ó de intensión. La calamidad puede ser pública, ó para determinado individuo. Calamitosa es en todo caso la perversión del ejercicio armónico de la ley y de la libertad en el funcionamiento viviente.

**Calavera**, de cadáver. — El residuo permanente del análisis (disección) de una cabeza. El elemento relativamente inorgánico que se contrapone á las partes blandas y organizadas bajo formas particulares.

La Filosofía en fuerza de analizar ha reducido por mucho tiempo el pensamiento, á cierto residuo á modo de calavera, ya bajo la forma de materia (definido absoluto), ya bajo la de *ser* inmaterial (indefinido absoluto).

**Cálculo**, voz de origen latino. — La función matemática realizándose en el pensamiento; polo positivo de la función intelectual. Esta función, suma y resta, multiplica y divide, eleva á potencias, extrae raíces y llega á tocar los límites de lo infinito y lo probable.

En cuanto suma y resta, es función de fenómenos; en cuanto multiplica y divide, función de fenómeno y de ley á su modo (cuantitativa); y en cuanto se eleva á potencias y extrae

raíces, función de funciones de fenómeno y de ley. Llegada á este grado se reproduce indefinidamente, tomando las formas determinada é indeterminada; que, dentro de lo determinado matemático, conducen á asignar probabilidades, y fuera de lo determinado matemático, se dejan simbolizar por formas determinadas (cálculo infinitesimal); pero *nunca* hasta el punto de quedar excluida la indeterminación que fundamentalmente las condiciona.

En la suma y la resta, circulan los fenómenos del más al menos y viceversa. En la multiplicación y la división figura uno de los elementos como ley (multiplicador ó divisor), y el otro como fenómeno, siendo el resultado el más ó el menos, no de cada parte, sino del conjunto. En la elevación á potencia y extracción de raíces, cada polo es de suyo una función que al relacionarse con la contraria se eleva á función superior.

El cálculo recae sobre la cantidad directa, ó sobre la continua, sobre las relaciones entre ambas, ó sobre cantidades ó relaciones cuantitativas en general (Álgebra).

También se extiende á las relaciones del contenido matemático con el tiempo en general (Mecánica).

**Caleidoscopio**, del griego *Kalos*, bello, y *eidós*, imagen. — Aparato óptico que permite ver imágenes bellas, con el simple artificio de multiplicar simétricamente los objetos más inconexos.

El caleidoscopio es en la industria lo que el optimismo en la vida intelectual.

Revela gráficamente el secreto de dar unidad á la multiplicidad, belleza á la realidad, (el acierto en relacionar).



*Relacionar*, (identificar y distinguir simultánea y sucesivamente) *lo mejor posible* las eventualidades propias de la vida, es vivir, si no absolutamente bien, *lo mejor posible*.

**Calendario**, del latín *calenda*.—Método adoptado desde la más remota antigüedad para fijar épocas en el transcurso de los tiempos.

Las épocas *fixas* no han podido referirse más que á los cambios en el espacio definido, que ocupan los astros y la bóveda del cielo en el centro objetivo del espacio indefinido.

Han estado, pues, los calendarios obligados á seguir el curso de los conocimientos relativos á los cambios de posición de los astros.

Los griegos empezaron por servirse de un calendario lunar, cuya observancia consideraban como dogma religioso.

El astrónomo Meton fué quien propuso un calendario, el célebre *número de oro*, ó sea un ciclo de 19 años y de 235 lunarios; al cabo de los cuales debían encontrarse el sol y la luna en la misma posición relativa que tenían al principio.

Desde entonces, han seguido cambiando los calendarios, según ha cambiado la ciencia astronómica.

Los calendarios, que caben en lo astronómico, sujeto á cálculo matemático, no caben en lo subjetivo, lógico y viviente.

Hace tiempo que el sentido común lo ha dicho ya claramente, condenando al ridículo á quien, sobre puntos de la práctica viviente, confía en *calendarios*.

**Calentura**, de calentar.—Enfermedad caracterizada por el aumento de calor.

El solo aumento de calor no constituye enfermedad, pero es fenómeno

anormal, que hace sospechar función anormal también y acaso destructora de la normalidad.

La calentura, ó la función de que depende, es trastorno accidental y con frecuencia pasajero en el animal. El sér puramente vegetativo no padece calentura.

Los períodos de la vida intelectual en que se realizan con viveza desusada el sentimiento, reflexivo ó no, son como otras tantas calenturas en la función del sér en quien aparecen; ó más bien, la calentura del cuerpo puede ser símbolo de esta otra función inmaterial, en que se enciende con insólita energía la llama de los sentidos, de la conciencia y de la personalidad.

**Calidad**.—Ley categórica del pensamiento, consignada por todos los filósofos, desde Aristóteles.

Se relaciona con la cantidad, distinguiéndose de ella radicalmente, pero identificándose desde *otro* punto de vista.

Fuera de la cantidad hay *otro* que toda cantidad, y este otro es la calidad.

Atribúyese cantidad á lo más positivo, extensivo, objetivo, particular; y, por consiguiente, se atribuye calidad á lo relativamente negativo, intensivo, subjetivo, general.

La calidad versa sobre generalidades, y generalidades (*género*), constituyen la tesis de la categoría de calidad. A esta tesis *generalidad* se opone la antítesis *diferencia*, y entre la generalidad y la diferencia media la especie síntesis positiva de lo general y lo diferente.

Más todavía, por encima, no solo de lo específico, sino también de lo general, hay una antisíntesis, la llamada totalidad en *Matemáticas*, y que

en Lógica se llama *universalidad*; totalidad imposible en absoluto, como lo es también en sentido matemático, y que supone otro imposible, la absoluta diferencia.

Todo esto es teoría de la calidad. La práctica se hace relacionando la *calidad en general* con la cantidad, y ambos extremos con su propia negación; trocada en tiempo, coeficiente indefinido de la función común. En la práctica, se convierten la cantidad y la calidad, lanzadas al polo definido y relacionadas con el indefinido, en producción, que, reproducida por sí misma, se hace generación, función viviente de todos los modos posibles.

Así como dentro de la función categórica de la cantidad, no cabe discutir sino sobre cantidades relativas (el más ó el menos); en la función categórica cualitativa considerada abstractamente en relativa inmovilidad, no cabe tampoco discurrir sino sobre generalidades y diferencias relativas, esto es, sobre analogías (semejanzas) y heterologías (desemejanzas). La práctica es la que anima y da vida á tales discusiones.

Entre las palabras calidad y cualidad, hay la diferencia de que la primera tiene sentido general y relativamente abstracto, y la segunda es de sentido particular y relativamente concreto.

**Calificar**, de calidad.—Asignar la generalidad que corresponde al concepto de una cosa.

Desde que se siente algo exterior, se lo califica interiormente. Esto es hacer el pensamiento la ley; ó la idea, correlativa con el fenómeno exterior.

Es una manera de *engendrar* interiormente las ideas, con la ayuda del eficiente externo y del coeficiente interno, indefinido exteriormente.

**Calma**, del griego *malakos*, bonanza.—Modo práctico de ejercitarse una función.

Las funciones que se ejercitan con calma relativa, suelen ejercitarse bien.

Los extremos de calma son viciosos, como lo son en la práctica todos los extremos.

No tenerla para tolerar el mal inevitable, es poco racional. Tenerla para tolerar males que pueden y deben evitarse, es no cumplir con deberes más ó menos atendibles.

De todas suertes, hay razón para sugerir calma á quien se precipita á obrar cuando le convendría meditar, y para censurarle cuando importa obrar oportunamente.

El mar en calma es propicio á los navegantes; pero en calma excesiva impide navegar en barco de vela.

El viento del espíritu es el que hinche las velas del sentimiento. La reflexión calma el impulso del viento plegando las velas cuando conviene.

**Calor**, del sanscrito *jval*.—Elemento físico en los cuerpos, que se representa en el sentimiento como el frío en la reflexión.

Al calor, que es el lado positivo de la función calorígena, se opone el frío, que es el lado negativo de la misma.

Es el calor externo la expansión, que lleva pasivamente desde un centro definido á una circunferencia indefinida, y el frío es la concentración, también *pasiva*, que procede desde la circunferencia al centro.

No de otra manera en la gravitación universal se compenetran dentro de una misma función pasiva las fuerzas centrífuga y centripeta.

La temperatura atmosférica se acomoda, en efecto, aunque no con ente-

U. A. N. L.



ra exactitud, á los cambios de situación de los astros en el espacio.

Las diferencias que se observan en la tierra dependen del carácter particular de nuestro planeta, que le permite acomodar á sus condiciones especiales la ley genérica de la calorificación.

Cada cuerpo particular puede tener—digámoslo así—su calor específico, como cada ser viviente lo experimenta también á su modo.

Dentro de la función *temperatura* exterior, que es siempre función pasiva en los cuerpos inorgánicos y también en los organizados, sin perjuicio de la temperatura interior activa y espontánea, que es propia sólo de los segundos, se destacan los dos elementos, uno relativamente activo, que es el calor, y otro doblemente pasivo, que es el frío. En el mundo inorgánico la función pasiva, concéntrica y excéntrica no tiene contrapeso *originariamente* activo. Todo lo que puede hacer es presentarse bajo las diversas formas: de gravitación universal como fenómeno, temperatura como ley, y electricidad como función.

La temperatura relativamente inmovilizada y reflejada inmóvil en lo indefinido, es luz (modo positivo) y sombra, (modo negativo).

**Calórico**, de calor.—Ídolo metafísico, inventado inconscientemente para simbolizar el elemento relativamente activo, de la función de la temperatura determinada en lo inorgánico.

No hay calórico en el mundo, á la manera que se entiende esta palabra (hipótesis, dicen los físicos) en la ciencia contemporánea. Lo que hay es función expansiva del centro á la

circunferencia, que *realizan* los cuerpos y *se siente* como calor.

Los cuerpos no tienen centro determinado mientras quede cuerpo, por pequeño que se le suponga. *Deben, si, tener un centro*, tal es la ley; pero el hecho es que el centro no se realiza jamás, sin que quede otro centro posible y nunca realizado definitivamente.

De aquí es que el centro de donde ha de partir la expansión corpórea, haya de resultar necesariamente indefinido. El foco de la actividad calorífica es siempre indefinido, así en el sér sentido como en quien le siente; es un foco *cuantitativo*, prácticamente ejercitado en el *tiempo*.

Siendo el calor actividad relativa, el frío ha de ser pasividad relativa en la función de temperatura.

El calor atmosférico no es más que un hecho de la expansión, en cuanto apreciable por los sentidos; hecho doblemente pasivo para el sujeto que pasivamente le experimenta, por corresponder á la pasividad fundamental de lo inorgánico.

Así y todo, es relativamente activo; es fuerza que se opone á la inercia corpórea en su caída sempiterna de la circunferencia al centro, levantando la masa, que funciona á su modo en correlación con otras masas antagonistas.

Así aparece la función de la temperatura, como función cualitativa y generadora de movimiento y de todo linaje de cambios específicos.

**Calorificación**, de calor.—Función del calor en los organismos vivientes.

Hay una calorificación general, que se realiza objetivamente en el sistema astronómico.

Los astros reciben el calor unos de

otros, porque experimentan atracciones y repulsiones, inherentes á la función mecánica gravitación universal, y con tales atracciones y repulsiones cuantitativas coinciden atracciones y repulsiones cualitativas.

Mas en todo esto no hay verdadera espontaneidad. El coeficiente indefinido que se relaciona con todos los astros en conjunto, cualquiera que sea el conjunto que aparezca, se mantiene siempre en una generalidad indeterminada, y ningún astro le representa en particular. Ninguno es libre para gravitar ó no, calentar ó enfriar, según su capricho.

Por el contrario, un sér vivo puede ya *hacer calor*, sobre todo si está dotado de sentimiento.

El sér que vegeta hace ya calorificación objetiva, en el sentido de modificar en su organismo la temperatura exterior.

El sér que siente, hace además calorificación subjetiva, con manifestación interna agregada á la externa.

El calor del sentimiento es su actividad propia, dentro de su índole pasional (pasiva), que le distingue de la acción correlativa.

**Calumnia**, voz tomada del latín. *Calidad mala*, falsamente atribuida.—El hecho de atribuir falsamente á un sujeto algún acto reprobado por la moral.

El que calumnia es ladrón y asesino de algo incorpóreo, que vale más que la ciencia y la propiedad: la buena fama á que tiene derecho el hombre honrado.

Se calumnia á sí propio quien niega á Dios y á la ley moral; porque niega lo mejor que tiene como hombre, aunque ignorando lo que vale.

**Callar**, del latín *callere*, ser insensible.—Negación de hablar, abdi-

cación del uso externo del pensamiento.

Hay ocasiones en que vale mucho más callar que hablar. En algunas, hasta se dice más y mejor callando que hablando.

No de otro modo el escéptico acierta á menudo dudando, y no creyendo fácilmente.

Cuando calla la deliberación, galleta el sentimiento; cuando calla el sentimiento deja el campo libre á la reflexión.

**Callides**, sofista griego que consideraba á la Naturaleza como contraria á la ley.

Decía que lo bello en un sentido, es lo feo en otro; y que lo realmente bello, lo justo y bueno, en el orden de la verdad, son la fuerza y el poder.

Esta enseñanza, común como otras muchas á los sofistas, tiene su apoyo en la necesidad de surgir para un término de relación otro término correlativo, constituyendo entre los dos una tésis y una antítesis.

Pero el sofista olvida, ó no quiere acordarse, de que toda contrariedad ó *discordancia*, como la que puede imaginarse entre la Naturaleza y el Espíritu, admite una conciliación posible, y que el sofismo está en no dársela ni procurársela siquiera. El término bello, bueno y verdadero ha de hallarse, por punto general, en medio de los extremos Naturaleza y Pensamiento, aunque no siempre en un punto particular, determinado en un momento cualquiera.

La Naturaleza (exterioridad), puede conformarse ó no con la ley, que es su espejo; y la fuerza y el poder objetivos, están siempre subordinados á la fuerza y al poder subjetivos, representados por la ley reflexiva, que es el espejo del alma.



**Callipe**, astrónomo griego que colaboró con Aristóteles en la construcción ideal de las esferas celestes.

Fijáronse éstas en cincuenta y seis.

Las cincuenta y seis esferas se suponían sólidas y transparentes. Suponían además la tierra inmóvil en el centro, y una última esfera inmaterial, inmóvil de suyo y, sin embargo, motora de todo lo demás, causa primera de la revolución constante de las estrellas fijas, y causa de diversidad en los movimientos de las demás esferas.

Con esto el sistema absoluto absorbía la *potencia universal*, representada por el acto puro de Aristóteles.

Fuera del acto puro (dios aristotélico), no quedaban más que *potencias formales*, subordinadas á la potencia suprema y coordinadas con la posibilidad representada como materia.

El reflejo de este acto puro, considerado en el pensamiento, es en el pensamiento mismo otro acto puro, inmóvil también, que Aristóteles llamó conciencia de la conciencia; identificando, al parecer, sin la distinción correlativa, lo reflejado con el reflejo.

De todas suertes, el mal estuvo, en la teoría de Aristóteles y de Callipe, en atenerse á lo inmóvil y fijo, sin modificarlo mediante la adición de la movilidad y del cambio.

**Callistenes**, filósofo griego, que sostenía, contra todas las escuelas que tomaban en cuenta la *causalidad*, que la *casualidad* es el origen único de los acontecimientos en el mundo.

Mucho se ha concedido siempre, y hay que conceder en el orden humano, á la casualidad en los acontecimientos de la vida. Pero la casualidad se refiere siempre á una causalidad *extrínseca*, que no siempre puede fijar-

se en un momento dado, y podría en cambio fijarse en otro momento. Esto nada supone contra la causalidad *intrínseca*, la causalidad subjetiva; antes al contrario, supone precisamente este lado intrínseco, como correlacionado con el extrínseco, lindante esta vez con la imposibilidad de asentar consciente y positivamente causa superior.

**Cama**, del griego *kemos*, artefacto con barretas.—Todo lo objetivo halaga los sentidos; pero á menudo les abre la *cama* del sepulcro.

El siglo XIX ha trabajado mucho á favor de lo positivo. Sabe Dios la *cama* que le prepara el porvenir.

**Cámara**, del griego *kamàra*.—Aposento principal de alguna casa.

El cerebro y el cráneo aposentan el pensamiento; pero el aposento está lejos de ser el pensamiento mismo en el aposentado; por más que el pensamiento sin aposento alguno se desvanecería en el vacío.

La cámara puede ser clara ú oscura; clara es accesible directamente al pensamiento; oscura, sólo es accesible mediante una luz refleja.

En una cámara oscura, del orden físico, se hacen las fotografías y las imágenes visuales.

En su cámara, si es clara, hace cada cual sus labores externas. En una cámara oscura, atravesada por un rayo de luz, se pueden hacer labores internas, que se relacionen con las externas, como la ley con el fenómeno.

En la cámara oscura de lo universal se hacen las *generalidades* del pensamiento.

Los grabados de nuestras máquinas, se hacen *con* la luz.

Los grabados de la inteligencia se hacen con la luz ideal que irradia el

sentimiento. Lo que falta á la luz intelectual es sentir que sin sombra correlativa no sería luz.

En la cámara oscura entra la luz física por un pequeño orificio; dentro está la sombra.

La luz de la inteligencia brota, por el contrario, de la sombra; y se graba encima de ella en forma de generalidad, que se define en parte y nunca totalmente; porque su definición total arruinaría la función misma de definirla, y con ella la vida inteligente.

**Cambio**, del griego *kamptein*, doble operación.—El *hecho* de la función práctica (cambiar), concebido teóricamente en su mayor generalidad posible.

Los seres que no cambian por sí, *no necesitan cambiar* á cada instante. Tal es el mundo inorgánico, concebido abstractamente.

Al contrario, los que cambian por sí *necesitan siempre cambiar*. Tal es el mundo viviente, sentido al realizarse la función en su integridad.

La función hace el cambio. El cambio es el hecho de la función de cambiar.

El cambio recae en lo que, simultáneamente con él, ha de parecer como *siendo ó no siendo*: tal cantidad definida, tal definida cualidad.

La cantidad y la calidad definidas en la función de cambiar, figuran en ella como pasivas; la cantidad y la calidad indefinidas, indispensables para la función actual, son la potencia, la causa activa del efecto, que se produce con la acción transigiendo con la pasión, para causar mancomunadamente alguna cosa.

Así, pues, en la *función del cambio* se reúnen todas las categorías de la inteligencia. En rigor no hay que

*añadir* cambio; basta *decir* FUNCIÓN para *decir todas las categorías*, aunque no se *sepa* lo que se dice.

Así lo dice todo el mundo *sin que ninguno lo entienda*, como dijo Calderón, sin entender él mismo, en toda su profundidad, lo que decía.

Quien dice función, con sólo entender que dice algo sobrepuesto al fenómeno y la ley, ya se simboliza á sí propio, ya se realiza como sujeto, como género, ya se engendra en él la idea y no una idea cualquiera, sino la idea de función (categoría de conciencia).

Funcionar es hacer, y hacer es causar (categoría de acción ó sea de causalidad).

Causar es introducir un cambio en un orden existente (categoría de cambiar).

Cambiar supone algo que es *cambiado* que representa la pasividad del cambio (categoría de finalidad).

Lo que es cambiado está fuera del que cambia (categoría de extensión).

Lo que está fuera del que cambia como inextenso se subordina al que cambia (categoría de calidad).

Subordinado al que cambia, lo cambiado es ya *tal cosa*, y tal cosa puede ser una ó muchas cosas (categoría de número).

Por último: el agente de los cambios no aparece jamás por sí solo en lo cambiado, ni como acción, ni como pasión, ni como causa, ni como efecto, ni como número, ni como extensión, ni como calidad; pero es el coeficiente indispensable de todos estos eficientes reunidos en un organismo común (categoría de tiempo).

Véase como todas las categorías formuladas por los filósofos se *postulan* recíprocamente, y postulan reunidas el coeficiente indefinido, incog-